**16. Creemos en un Dios de vida****.** (Citas de M. Romero al hablar de “Dios”, en el libro “El Evangelio de M. Romero).

*“Con gran claridad vemos que en esto no hay posible neutralidad. O servimos a la vida de los salvadoreños o somos cómplices de su muerte. Y aquí se da la mediación histórica de lo más fundamental de la fe: o creemos en un Dios de vida o servimos a los ídolos de la muerte… Creemos con el apóstol Juan que Jesús es Palabra de Vida (1 Jn 1,1), y que donde hay vida allí se manifiesta Dios, Donde el pobre comienza a vivir, donde el pobre comienza a liberarse, donde los hombres son capaces de sentarse alrededor de una mesa común para compartir, allí está el Dios de la vida. Por ello cuando* *la Iglesia se inserta en el mundo socio-político para cooperar a que de él surja vida para los pobres, no está alejándose de su misión ni haciendo algo subsidiario o supletorio, sino que está dando testimonios de su fe en Dios, está siendo instrumento del Espíritu, Señor y dador de vida.* *Esta fe en el Dios de la vida es lo que explica lo más profundo del misterio cristiano. Para dar vida a los pobres hay que dar de la propia vida y aún la propia vida. La mayor muestra de fe en un Dios de vida es el testimonio de quien está dispuesto a dar su vida: Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus hermanos (Jn 15,13). Y esto es lo que vemos a diario en nuestro país. Muchos salvadoreños y muchos cristianos están dispuestos a dar su vida para que haya vida para los pobres.” (2 de febrero de 1980)*

Hoy reflexionamos a partir de una cita un poco larga del discurso de Monseñor Romero al recibir el doctorado Honoris Causa en Lovaina, el 2 de febrero de 1980 en Lovaina. Recordemos que es a menos de dos meses de su asesinato. Ese discurso es como una síntesis importante de lo que Monseñor ha vivido y entendido sobre la fe y el papel de la Iglesia en el contexto histórico de aquel tiempo. Ese documento ayuda a comprender las homilías dominicales, sus cartas pastorales, su presencia profética y pastoral en cada momento de su servicio como arzobispo de San Salvador. Es un texto que da para muchas reflexiones. Debemos escoger unas pautas.

*“Donde el pobre comienza a vivir, donde el pobre comienza a liberarse, donde los hombres son capaces de sentarse alrededor de una mesa común para compartir, allí está el Dios de la vida”.*

Especialmente en tiempos de crisis, por salud, por violencia, por sobrevivencia (hambre), por duelo, por angustia, decepción o frustración, puede aparecer esa pregunta muy humana: ¿dónde está Dios? Hasta la pregunta que los evangelistas pusieron en la boca de Jesús en la cruz, citando un salmo: “¿Porqué me has abandonado? El problema es que nos han enseñado y proclamado una imagen deformada de Dios: un dios que interviene desde arriba, que da bendiciones a unos (gracias a dios, se dice) y maldiciones a otros (dios sabe lo que hace), un dios que juzga, castiga, pone trampas y pruebas, quiere ser “adorado y suplicado”, … Monseñor Romero nos orienta para desaprender en la fe y para arriesgarnos ir al encuentro con el Dios de la Vida. El camino para ir donde Dios no es una penitencia que hay que hacer de rodillas, sino habrá que abrir los ojos, oídos y corazón para descubrir donde “el pobre comienza a vivir y los pobres comienzan a liberarse” y, donde hay hombres y mujeres que se unen en una mesa común y comparten. Estos son los signos de la presencia del Dios de la Vida, del Dios de Jesús, del Dios en quien confió María, madre de Jesús. Poder encontrarse con Dios exige al mismo tiempo una actitud contra cultural, contra corriente (especialmente en sociedades donde el individualismo es idolatrado).

Monseñor Romero nos dice: *“Esta fe en el Dios de la vida es lo que explica lo más profundo del misterio cristiano. Para dar vida a los pobres hay que dar de la propia vida y aún la propia vida. La mayor muestra de fe en un Dios de vida es el testimonio de quien está dispuesto a dar su vida”*  Si queremos ser parte de esa dinámica, de ese misterio cristiano, habrá que involucrarse en el “dar vida a las y los pobres”, habrá que “dar de la propia vida” y hasta “dar aún la propia vida”. En estos tiempos de covid-19 todo el personal médico (creyentes o no) está en esto. Ahí están madres y padres que hacen lo imposible para tener algo de comer y dar vida a sus hijos/as. Ahí están promotores/as sociales en organizaciones populares locales, comités de emergencia, defensores del medio ambiente, …. Si creemos en el Dios de la vida se muestra, no en el culto o rito, no en el credo a repetir, sino en la práctica de dar vida a las y los pobres (en todas sus dimensiones). Desde esa práctica nace la oración sincera, humilde y auténtica, y así en comunidad se celebra la vida, la resurrección, la presencia de Cristo en medio de las más graves tsunamis sociales, económicos y políticos. No tengamos miedo.

Tere y Luis Van de Velde (escrito el 15 de mayo de 2020)